

desembarcaron en Veracruz 4,000 soldados franceses á las órdenes del general Lorencez (1), que pasó en seguida á Córdoba, donde reunió bajo sus órdenes 7,300 hombres. Los representantes de Inglaterra y España rechazaron en términos rudos á Almonte y consideraron el apoyo de sus planes por la Francia como una violación del convenio de Londres, haciéndolo constar en un acta que levantaron en la última conferencia, que tuvo efecto el 9 de abril. Casi al mismo tiempo declaró el *Monitor* que el emperador no consideraba el convenio de La Soledad compatible con la dignidad de Francia, que le había rechazado y que en adelante únicamente el señor



El general Prim (según fotografía)

Saligny estaba autorizado para las negociaciones diplomáticas, quedando limitada la autoridad del almirante Jurien al mando de la escuadra. Esto produjo la completa ruptura entre los aliados; y mientras la Francia se negaba á cumplir el convenio de La Soledad, Inglaterra y España retiraron sus tropas, y sus representantes diplomáticos se trasladaron á la capital para negociar con Juarez. Napoleon se mostró profundamente resentido de esta conducta, pues de Inglaterra sobre todo no había esperado que se pasara, digámoslo así, al campo enemigo. «¿Es este el agradecimiento por mi actitud en el asunto del Trent?» dijo á Thouvenel (2). No por eso abandonó Napoleon sus proyectos. Lorencez retrocedió, conforme prescribía el convenio de La Soledad, en dirección á Veracruz; pero no como estaba convenido hasta más allá del río Chiquihuite, sino solo un corto trecho, para avanzar de nuevo bajo el pretexto de que los enfermos que

(1) Randon, tomo II, pág. 62.

(2) Thouvenel, tomo II, pág. 319.

habían quedado en Orizaba estaban amenazados por el enemigo. Bajo su protección fué proclamado Almonte presidente; se concentraron cuerpos mejicanos auxiliares á las órdenes del general Marquez y otros cabecillas y el 16 de abril fué declarada formalmente la guerra. Por lo pronto, quedó muy chasqueado Napoleon si había contado con laureles fácilmente conquistados. Lorencez avanzó á principios de mayo hácia Puebla, pero el día 5 fué rechazado desde las fortificaciones de Guadalupe y se vió en duros aprietos enfrente de los generales Zaragoza y Ortega. Este fracaso por una parte y la poca armonía entre Lorencez y Saligny por otra, indujo al emperador, que más que nunca confiaba en Saligny, á reprender en términos muy acres al general á pesar de salir á su favor el ministro de la Guerra Randon, que encontró simplemente ridículas las críticas militares de Saligny. Lo indudable era que sin fuerzas mayores ningún general podía hacer nada, y en vista de esto dió Napoleon orden de cuadruplicar las fuerzas francesas en Méjico. Desde fines de agosto hasta principios de noviembre desembarcaron en Veracruz más de 22,000 franceses, de suerte que su ejército se elevó aproximadamente á 28,000 hombres con 6,000 caballos y 50 cañones. Confióse el mando en jefe de esta fuerza al general Forey, al cual encargó el emperador antes de su partida que se pusiera en un todo de acuerdo con Saligny inmediatamente ó diera á conocer, también inmediatamente, su opinión si discrepaba de la de aquel diplomático. Además dirigió á Saligny en 3 de julio una carta destinada á la publicidad, en la cual expuso sus ideas sobre el porvenir de la raza neo-latina en América, y dijo que por muy importante que fuese también para la Europa la prosperidad de los Estados Unidos, no podía desearse que esta república dominara todo el golfo de Méjico y desde allí toda la América del Sur, y que fundando un gobierno fuerte, si posible fuese una monarquía, en Méjico, se restituiría á la raza neo-latina su influencia. Esta carta nada decía de Maximiliano, y Billault declaró en la cámara el 26 de junio que la Francia reconocería toda resolución que tomara el pueblo mejicano tocante á su porvenir, aunque resultara á favor de Juarez.

El emperador mostró personalmente el mayor interés en los preparativos y en los progresos de la expedición; desde Vichy dirigió las negociaciones con un empresario americano para la construcción de un ferro-carril desde Veracruz á Chiquihuite, y aceptó con grandísima alegría el ofrecimiento del embajador de Honduras de poner á su disposición para depósito la isla salubre de Huatan, porque el clima de Veracruz exigía tantas víctimas, que los soldados llamaban con amarga sorna al cementerio de Veracruz el jardín de aclimatación de los franceses. Mucho le disgustó que Lincoln hiciera por medio del embajador americano Corwin un convenio con Juarez que daba á este último grandes auxilios de dinero, y de muy buena gana hubiera contestado con el reconocimiento de los Estados del Sur si la Inglaterra hubiese estado dispuesta á imitarle. Sin saberlo Thouvenel, que había pasado por algunos días á Londres para visitar la exposición universal, recibió el emperador en 16 de julio de 1862 en Vichy á Slidell, agente del Sur, que hizo los mayores esfuerzos para inducirle á decidirse á favor del Sur, diciendo que siendo Lincoln el aliado y protector de Juarez, se hallaban muy dispuestos los confederados á hacer causa común con la Francia contra Juarez; que el emperador solo enviara algunos buques de guerra á los puertos del Sur para demostrar que el bloqueo de estos puertos no era efectivo, y que bajo la protección de esta misma fuerza podía el Sur enviar á Europa una gran cantidad de algodón para remediar la falta de trabajo en Francia. Mas que todo anhelaba Slidell conseguir el reconocimiento del Sur, y en este concepto con-

siguió más de lo que sospechaba, aunque no dió el resultado práctico que apetecía. Inmediatamente después de esta audiencia el emperador telegrafió á Thouvenel á Londres encargándole que preguntara al gobierno inglés si creía llegado el momento de reconocer al Sur (1). Aquel mismo día

había salido Thouvenel de Londres, y cuando recibió á su llegada á París el despacho, procuró inmediatamente disuadir al emperador de semejante paso. No le fué difícil conseguirlo, porque Palmerston se declaró dos días después en la cámara de diputados contra el reconocimiento del Sur,



El general Elias Federico Forey (según fotografía)

por ser prematuro. En su consecuencia Slidell vió frustradas sus esperanzas, hasta que la destitución de Thouvenel á mediados de octubre de 1862 volvió á reanimar sus bríos. Entonces solicitó una segunda audiencia del emperador, que se le concedió en seguida el 20 de octubre en Saint-Cloud, y en ella le dijo Napoleon que solicitaria de los gobiernos de Inglaterra y Rusia que propusieran con el francés un armis-

ticio de seis meses. Háblale inspirado esta idea una carta del rey de los belgas que había recibido pocos días antes y que tenía para él una importancia particular, por hallarse justamente entonces la reina Victoria en Bruselas, lo que le permitía suponer que el rey Leopoldo contaba con el asentimiento de la reina de Inglaterra. Este propósito, sin embargo, fracasó; pero todavía era más importante que Napoleon accediera al deseo de Slidell de permitir la construcción de buques de guerra en Francia para la confederación, si bien con la condición de que quedara este permiso secreto.

(1) Así resulta de la comunicación de Slidell (Bigelow, págs. 116 y siguientes) y de la carta de Thouvenel á Flahault (Thouvenel, tomo II, págs. 338 y 352).



Al propio tiempo indicó que podrian construirse con el pretexto de que se hacian por cuenta del gobierno italiano, y algunas semanas despues hasta indujo á Arman de Burdeos, el constructor mas famoso de buques en Francia, á que se viera con Slidell y le ofreciera sus servicios (1). Todo esto se hizo por supuesto en el mayor sigilo y sin que lo supiera el gobierno de los Estados Unidos del Norte. No obstante, se aumentó la desconfianza tanto de este gobierno como de la poblacion del Norte respecto de los planes que perseguia Napoleon en Méjico. A fin de combatir esta desconfianza se valió Napoleon entre otras personas del general James Watson Webb, á quien habia conocido en 1837 en Nueva



El general Frossard (segun fotografia)

York, rechazando en su correspondencia con él la acusacion de que la ambicion y afan de conquistas le habian conducido á Méjico, y diciendo que el gobierno español le habia enredado en este asunto, y que muy contra su deseo hacia la guerra tan léjos de Francia; que no pensaba de ninguna manera en adquirir las minas de la Sonora, si bien era difícil predecir las contingencias que podian presentarse ondeando las banderas francesas en Méjico; que estaba firmemente decidido á retirarse tan pronto como lo permitiesen el honor y los intereses de Francia; que la Union, sin embargo, haria muy mal en amenazarle porque una amenaza de su parte modificaria necesariamente sus planes; que sentia mucho la guerra civil entre el Norte y el Sur, cuyo fin no veía, y que no era el interés de la Francia dejar debilitar á los Estados Unidos en una lucha sin fin. Webb comunicó confidencialmente esta carta, fechada en 22 de mayo de 1863, al presidente Lincoln, y éste dió efectivamente crédito á la afirmacion del emperador de que deseaba retirar sus tropas tan pronto como fuese posible (2).

En aquellos mismos dias alcanzó Forey con la toma de Puebla una victoria importante. Habia llegado en el mes de setiembre de 1862 á Veracruz y habia pasado mucho tiempo

(1) Bigelow, pág. 134.

(2) Jerrold, tomo IV, pág. 342.

en la inaccion, ya por causa de las lluvias, ya por la necesidad de reunir las provisiones necesarias para el ejército; y solo habia podido realizar pequeñas empresas como la ocupacion de Tampico ó de Jalapa. A fines de febrero de 1863 avanzó contra Puebla, defendida por el general Ortega con una guarnicion de 12,000 hombres. Forey empezó el sitio el 17 de marzo; Bazaine derrotó el 8 de marzo un ejército mejicano que Commonfort llevaba al socorro de la ciudad, y cuando en 17 de mayo la artillería francesa hubo abierto brecha en la fortaleza, Ortega tuvo que capitular. El sitio costó á los franceses doscientos muertos y mil heridos. Forey fué recompensado con el baston de mariscal; pasó sin encontrar resistencia desde Puebla á Méjico, y Juarez evacuó esta ciudad al acercarse la vanguardia francesa á las órdenes de Bazaine. Juarez trasladó el gobierno á San Luis del Potosí, y al parecer habia llegado el tiempo de realizar el propósito de Napoleon con el establecimiento de la monarquía.

Forey, de acuerdo con Saligny, nombró á su llegada á Méjico una junta que encargó el gobierno á los generales Almonte y Salas y al arzobispo Labastida. Hecho esto, Saligny convocó una asamblea de notables que decidió en 11 de julio de 1863 por unanimidad de sus 231 votos la eleccion del archiduque Maximiliano como emperador de Méjico. El gobierno interino procuró atemorizar á los contrarios ó hacerles inofensivos con disposiciones extraordinariamente crueles. Un decreto de Forey, que en todo se dejaba guiar por Saligny, ordenó el embargo de los bienes de cuantos estaban en armas contra los franceses, y dispuso que cuantos formaran parte de una «banda de criminales armados» fuesen sometidos á un consejo de guerra y fusilados en el plazo de veinticuatro horas. El efecto de este rigor no correspondió de ninguna manera á lo que habian esperado los jefes franceses; en lugar de desanimar á los enemigos, los exasperó y enajenó al futuro emperador y á sus protectores aun á los mejicanos que hubieran podido ser atraídos á aceptar el nuevo régimen. No se le ocultó esto á Napoleon, que además empezaba á vacilar en sus proyectos monárquicos y habia criticado duramente la convocacion de la asamblea de notables hecha sin orden suya (3). La confianza que antes habia tenido en Saligny y en su perfecto conocimiento de las cosas de Méjico, se cambió en el extremo opuesto y su descontento alcanzó hasta á Forey. Uno y otro fueron llamados á Francia y el sangriento decreto del 20 de junio fué revocado. Ocupó el puesto de Forey en 1.º de octubre el general Bazaine, y á Saligny ni siquiera se permitió esperar la llegada de su sucesor Montholon, sino que Bazaine recibió orden de embarcar inmediatamente á Saligny aun en el caso de que renunciara al servicio del gobierno francés y quisiera quedarse en Méjico.

Entretanto, una diputacion de la asamblea de notables habia pasado á Europa para ofrecer la corona de Méjico al archiduque Maximiliano. Por grande que fuese la ambicion de este príncipe, no dejó de conocer las infinitas dificultades que se le ofrecian si aceptaba. En primer lugar, el voto de los notables no le garantizaba el de la nacion. La votacion efectuada por un pequeño número cuidadosamente elegido de notables y hecha bajo la proteccion de las bayonetas francesas, no le permitia contar con fuerza moral; para esto era menester que fuese elegido libremente por toda la nacion si bien aun en este caso la presencia de tropas extranjeras daria á la eleccion el carácter de forzada. Por un eslabonamiento de circunstancias se veia forzado además á apoyarse, á pesar de sus opiniones bastante liberales, en el partido ultramontano principalmente, cuyas exigencias por otra parte eran tales, que de ningun modo era posible satisfacerlas

(3) Randon, tomo II, pág. 85.

pues que desde luego queria, ante todo, anular la confiscacion de los bienes de la Iglesia, lo que habia de ser completamente imposible al gobierno en su situacion de penuria. Ya en otoño de 1863 hubo con este motivo conflictos entre el arzobispo Labastida y sus colegas en el gobierno, que de acuerdo con Bazaine se opusieron á la pretension del prelado, el cual finalmente se retiró del gobierno y excomulgó á los compradores de los bienes de la Iglesia. Era, pues, evidente que sin la mediacion bénevola del Papa, Maximiliano tendria que romper desde luego con los ultramontanos y que de todos modos no podia pasarse por mucho tiempo sin el apoyo

del ejército francés para sostenerse en el trono. En segundo lugar era ineludible arreglarse definitivamente con la Francia respecto de sus reclamaciones de dinero y obtener la seguridad de que el nuevo imperio encontraria en Europa el crédito necesario para hacer un empréstito, aunque fuese en condiciones onerosísimas.

Por lo mismo, Maximiliano al recibir en 3 de octubre de 1863 la diputacion mejicana, puso por condicion de la aceptacion de la corona, no solamente el voto de toda la nacion sino tambien que se dieran garantías para la consolidacion de su posicion futura. Fácil fué cumplir la primera condi-



Vista de Méjico (segun fotografia)

cion, porque en todas partes donde se presentaron las armas francesas, que en los meses siguientes llegaron hasta el Potosí, Guadalajara, Zacatecas, etc., la mayoría del pueblo se declaró á favor del imperio y del archiduque austriaco. Mas difícil fué recibir del Papa el prometido apoyo, pues fuera de la bendicion del Padre Santo solo consiguió Maximiliano en su visita de despedida á Roma, la promesa de que le seguiria á Méjico un nuncio con poderes conciliadores. Napoleon finalmente se obligó en un convenio que hizo el 12 de marzo de 1864 en Paris con Maximiliano á reducir solo gradualmente los 38,000 franceses que estaban en Méjico hasta 25,000 hombres (1) y dejar estos allí, de donde los llamaria solo á medida que se hallara organizado el ejército mejicano. Tambien prometió Napoleon que la legion extranjera francesa de 5,000 hombres quedaria todavia seis años en Méjico al servicio de Maximiliano despues de haber sido retirados de Méjico los demás franceses. Maximiliano por su parte se obligó á pagar 270 millones de francos por los gastos de la expedicion francesa, calculados en esta su-

ma, hasta 1.º de julio de 1864. Desde este dia se convino en que Maximiliano pagaria mil francos anuales por cada hombre. Inmediatamente tuvo que pagar Maximiliano á cuenta de estas sumas 66 millones y luego 26 millones anuales. A fin de suministrarle los primeros recursos se hizo un empréstito de seis millones nominales de libras esterlinas al interés del seis por ciento, pero que solo pudo ser colocado en Lóndres al tipo de 63 por ciento.

Habiendo regresado el archiduque á Miramar despues de estos arreglos, volvió á vacilar porque el emperador de Austria insistió en que renunciara á su derecho eventual hereditario, con lo cual se conformó Maximiliano á condicion de que por medio de un acta secreta se declarase nula su renuncia en el caso de que tuviese que abdicar el trono de Méjico. El emperador Francisco José se resistió tenazmente á aceptar esta condicion, ni pudieron nada las instancias personales de la archiduquesa Carlota, que á este efecto se trasladó súbitamente á Viena. Entretanto el general Frossard, á quien Napoleon habia enviado á Miramar, instaba al archiduque para que recibiera la diputacion, aceptara la corona y ratificara como emperador el convenio del 12 de marzo. Maximiliano, convencido ya de que no podia torcer

(1) Por un convenio adicional secreto se fijó el número de franceses en 28,000 para el año 1865, en 25,000 para el año 1866 y en 20,000 para el año 1867. Delord, tomo IV, pág. 192.